

DÉJESE ENREDAR
EN LA RED

3° ENCUENTRO DE
CAFÉS LITERARIOS Y
TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA

MEMORIAS



BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas

Samuel Moreno Rojas

Alcalde Mayor de Bogotá Distrito Capital

Carlos José Herrera Jaramillo

Secretario de Educación del Distrito

Jaime Augusto Naranjo Rodríguez

Subsecretario de Calidad y Pertinencia

Carlos Orlando Parra

Director de Ciencia, Tecnología y Medios Educativos

Silvia Prada Forero

Directora General de BiblioRed

Sandra Patricia Suescún Barrera

Coordinadora de Promoción de Lectura y Escritura de BiblioRed

Redacción y compilación de textos

Carol Contreras Suárez

Promotora de lectura Biblioteca Pública El Tintal
Manuel Zapata Olivella

Natalia Montejo Vélez

Promotora de lectura Biblioteca Pública Virgilio Barco

Sergio Pérez

Promotor de lectura Biblioteca Pública Parque El Tunal

Promotores de lectura y escritura de BiblioRed

Ángela Acero - Biblioteca Pública de Bosa
Claudia Ramírez - Biblioteca Pública Usaquén - Servitá
Manuel Camperos - Biblioteca Pública Suba -
Francisco José de Caldas
Óscar Salamanca - Biblioteca Pública Lago Timiza

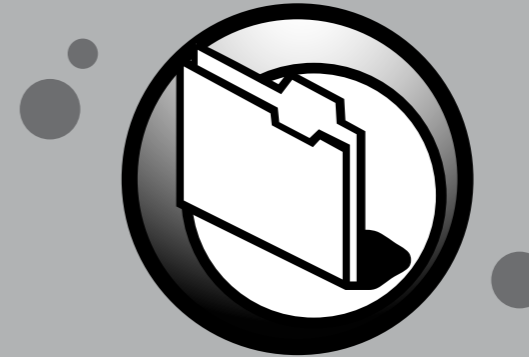
Talleristas Creación Literaria

Federico López - Biblioteca Pública Virgilio Barco
Henry Alexander Gómez - Biblioteca Pública El Tintal
Manuel Zapata Olivella

Diseño y diagramación

María Cristina Olivar

Secretaría de Educación del Distrito Capital
BiblioRed - Red Capital de Bibliotecas Públicas
Bogotá - Colombia
Todos los derechos reservados
2010



CONTENIDO f...// Tercer Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria

<i>Prólogo</i>	[Pag. 4]
<i>Parte I</i>	
<i>Sobre autores y lectores virtuales</i>	[Pag. 4]
<i>No se deje enredar en la Red</i>	[Pag. 4]
<i>Comunidad Virtual de Escritores y Lectores: una invitación a encontrarnos en otros mundos, en otros espacios</i>	[Pag. 4]
<i>Parte II</i>	
<i>Para darle cuerda a la palabra: antología de ejercicios y juegos poéticos</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública de Bosa</i>	[Pag. 4]
<i>Taller de creación literaria - Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública Parque El Tunal</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública Suba - Francisco José de Caldas</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública Lago Timiza</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública Usaquén - Servitá</i>	[Pag. 4]
<i>Café literario - Biblioteca Pública Virgilio Barco</i>	[Pag. 4]
<i>Taller de Creación Literaria - Biblioteca Pública Virgilio Barco</i>	[Pag. 4]





PRÓLOGO *f...// (Del gr. π)*. 1. m. En un libro de cualquier clase, escrito antepuesto al cuerpo de la obra. 2. m. Primera parte de algunas obras dramáticas y novelas, desligada en cierto modo de las posteriores.

Aquí el teclado suena como si tratáramos de anudar memorias pero lo que va surgiendo en la pantalla es la metáfora escrita de un escenario político que, poco a poco, ha ido delineando la vida de una ciudad que se reconfigura en su fragmentación.

Tal *escenario* no es otro que el III Encuentro de Cafés literarios y Talleres de Creación de BibloRed, la Red Capital de Bibliotecas Públicas de Bogotá el cual se ha convertido en un evento que vincula a diferentes personas que participan en estos programas en uno y otro extremo de la capital.

En cada Encuentro la palabra se manifiesta en el testimonio de la trayectoria de esos grupos, en las anécdotas que atraviesan a cientos de usuarios en su trasegar por las bibliotecas y, finalmente, en la puesta en escena de intereses ulteriores sobre la lectura y la escritura.

El propósito de esta tercera versión no fue solo hacer vibrar la palabra sino iluminar su actual viaje en medio de los cables de un universo que conocemos como virtual. ¿Por qué? Diríamos, en principio, que fue gracias al acontecer de la nueva *Comunidad Virtual de Lectores y Escritores* en Internet. No obstante, como lo planteó Sergio Pérez, promotor de lectura de la Biblioteca Pública Parque El Tunal, en su artículo expuesto en el panel principal (*Literatura en Internet: de autores y lectores virtuales*),

fue también porque consideramos necesario reflexionar sobre esa noción apocalíptica que anuncia la muerte del libro en un mundo invadido por la tecnología de la Web 2.0, advirtiendo que es un hecho que afecta directamente nuestra relación con el texto.

La primera parte de estas memorias da cuenta de la tensión entre escritores, lectores e Internet a través de las posturas de un desarrollador de hipermedias¹ (Jaime Alejandro Rodríguez), un gestor de contenidos digitales (Omar Villota) y un usuario de los programas de lectura y escritura de BibloRed y administrador de un blog (Marcelo del Castillo), con el fin de pensar desde allí el contexto actual de la escritura creativa y brindar un marco de referencia para construir la *Comunidad de escritores y lectores* de BibloRed.

El cénit de dicho contrapunteo lo alcanzó Marcelo al proponer la Web como un mar de ideas prestadas que difumina los conocimientos y experimenta peligrosamente con las conductas humanas. ¿Qué posibilidades nos brinda el lanzamiento de esa nueva plataforma que denominamos *Comunidad?* es, entonces, la pregunta que subyace en el artículo de Natalia Montejo Vélez, promotora de lectura de la Biblioteca Pública Virgilio Barco, el cual se presentó –tras Marcelo– como un rayo de luz entre un bosque de interconexiones.

La segunda parte, en cambio, reúne una serie de cuentos y poemas producto de los ejercicios desarrollados por algunos participantes de los Talleres de Creación y los Cafés literarios, convirtiéndose en el mejor reflejo de los procesos de escritura que se adelantan en las 21 bibliotecas de la Red y poniendo a jugar las semejanzas y las diferencias de éstas como si se tratase de fichas de rompecabezas que quisieran dar color a una nueva ciudad lectora.

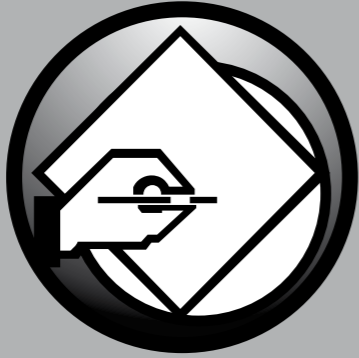
Sirvan, pues, estas letras para visibilizar recorridos, puntos de vista y expectativas críticas de la vida, los programas y un encuentro que ahora queda circulando en sus manos.

Carol Contreras Suárez

Promotora de lectura Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

¹ De acuerdo con la entrada de la enciclopedia gratuita en Internet www.wikipedia.org, "Hipermedia es el término con que se designa al conjunto de métodos o procedimientos para escribir, diseñar o componer contenidos que tengan texto, video, audio, mapas u otros medios, y que además tenga la posibilidad de interactuar con los usuarios".

Parte I



Sobre autores y lectores virtuales

Con el III Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria de BiblioRed ponemos en marcha el proyecto de articular una comunidad de escritores y lectores en la Internet. Por esta razón, consideramos pertinente consultar a expertos en materia de nuevas tecnologías y desarrollo comunicacional acerca de los riesgos y beneficios de extender la promoción de lectura y escritura a través de la Web, entendiendo que no podemos desconocer su enorme protagonismo y potencial con respecto al acceso y la democratización de la información, y tampoco ignorar que aunque existe una vasta oferta de materiales de lectura en la red, el problema sigue siendo cómo generar lectores *críticos*, es decir, lectores capaces de filtrar y aprovechar toda la información a la cual ahora tienen acceso.

Así, tuvimos la oportunidad de escuchar a dos especialistas y apasionados de la comunicación en el panel desarrollado en el Auditorio de la Biblioteca Pública Parque El Tunal 18 de diciembre de 2009, quienes nos invitaron a pensar en la *magia* que hay detrás del invento que ha transformado las relaciones del hombre con el conocimiento, con el arte, consigo mismo y con los otros, así como en la importancia de no olvidar que se trata de un *medio*; otro medio más, como lo es un libro o una fotografía.

Este diálogo nos permitió conocer algunas de las experiencias y reflexiones del profesor y escritor Jaime Alejandro Rodríguez, autor de *Gabriela Infinita* (2005) y *Golpe de Gracia* (2006), en torno a la *narrativa hipermedia*, ya que estas obras son hipermedias creadas desde la intencionalidad literaria para el lector de la Internet. De igual manera, en compañía del profesor e investigador Omar Villota Hurtado, profundizamos sobre las relaciones autor-lector que surgen del uso y apropiación de la Web.

En *Gabriela Infinita* el lector tiene la posibilidad de reconstruir la historia a partir del juego interactivo que permite la Internet. Cuando leemos un libro nos sumergimos en el universo propuesto por un autor a través de las palabras. En la *hipermedia narrativa*, además de palabras, se cuenta con otros recursos (imágenes, videos, audios), los cuales hacen más dinámica la construcción narrativa del texto. De acuerdo con el profesor Rodríguez, la hipermedia narrativa puede definirse como *narrativa*, en tanto existe el propósito de contar una historia, e *hipermedial*, en tanto aprovecha recursos

Quando leemos un libro nos sumergimos en el universo propuesto por un autor a través de las palabras

y estructuras interactivas más potentes que las del libro tradicional de papel.

La interactividad es lo realmente novedoso en este tipo de plataforma hipermedial. Por un lado, si en el libro el escritor seduce al lector para sumergirse en el mundo que propone jugando con palabras, esta capacidad de inmersión está garantizada en la literatura hipermedial por el uso de interfaces gráficas, atractivas para un hombre contemporáneo hipnotizado por las imágenes del cine, la tele-

visión y la publicidad, es decir, el mundo de imágenes que le rodea. Por otro lado, si bien “el desocupado lector” con el que da inicio Cervantes al prólogo del *Quijote* suponía en la novela la existencia de un lector

cómplice en la construcción del sentido de la obra, en la novela tradicional no hay interactividad “real” sino “virtual”, pues es en la cabeza del lector en donde se entabla un diálogo con el autor. El *lector hipermedial*, en cambio, es el verdadero protagonista de la historia pues no sólo arma y organiza el rompecabezas de una historia dispersa en los múltiples textos de una hipermedia narrativa, sino que también tiene la posibilidad de escribir y comentar, construyendo su propia obra, esto es, construyendo en la misma plataforma a partir de lo creado. El lector hipermedial es, en ese sentido, un lector activo como lo es, por ejemplo, quien juega un videojuego: quien se sumerge en el juego asume un rol, entiende su lógica y con el paso de los niveles descubre la historia del personaje, sus misiones y debilidades.

Para el profesor Rodríguez en su experiencia como autor, la iniciativa de *Gabriela Infinita* se inspira en la necesidad de abrir la escritura a otros

medios. Si la escritura nace con la urgencia de contar historias, desde luego se pueden contar historias no sólo a través de palabras. Entonces, ¿por qué no hacerlo a través de un medio en el que las relaciones autor-lector son más complejas? El escritor, antes preocupado por traducir en discurso la historia que quiere contar y por preparar los indicios para introducir al lector en una atmósfera emocional, es decir, preocupado por *escribir*, ya no puede legar la parte *tecnológica* del libro a un especialista y desentenderse del proceso editorial.

La separación entre el proceso expresivo, narrativo, interpretativo y la dimensión tecnológica se vuelve difusa en la Internet. Tan importante como el contenido es el color de la letra, su tamaño, la separación de una y otra. El escritor sigue conservando la imaginación pero ahora ésta ya no sólo se despliega a través del mundo insinuado en palabras sino que también lo hace con la ayuda del diseño, la fotografía, la imagen y el juego interactivo e hipermedial de programas de computación; el escritor abre un universo textual más rico, integrando su actividad con la de productor del “objeto” de su escritura. Antes el dilema del escritor era en frente a la página en blanco: ahora es la pantalla en blanco el objeto de su desesperación, aunque pueda cortar, pegar, corregir, ilustrar el contenido de manera mucho más cómoda.

En ese marco, el lector de la Internet también sufre reconfiguraciones. El libro tiene, según Rodríguez, cuatrocientos años de consistencia cultural; allí los juegos están implícitos pero las exigencias

del lector y el escritor están previstas. El libro es una tecnología familiar madurada por el tiempo. En la Internet, en cambio, el lector asume otro papel pues es él quien decide por dónde comenzar la historia, si sigue hasta el final o si vuelve a iniciar el recorrido: toma un fragmento o pasa a otro vínculo, dando existencia a condiciones nuevas de la lectura derivada de sus responsabilidades interactivas y de su propia actividad mental. En la novela se garantizan unas reglas de juego claras, una relación casual, acaso una *continuidad* gracias al objeto libro; en la hipermedia narrativa se ponen en escena otras reglas que afectan la

causalidad y la linealidad de la lectura. Sin embargo, se advertía en ese sentido que la Internet no lleva más de 20 años de existencia por lo que algunos años serán necesarios para visibilizar el *topoi* del lector de la Internet,

es decir, es un medio tan reciente que resulta apresurado señalar algunas características generales de un lector *nativo* de la Web.

Los *nativos*, dice el profesor Omar Villota Hurtado, serían ese grupo de jóvenes que empiezan su formación desde las tecnologías de la información y asimilan mejor —debido a ello— el acelerado avance tecnológico. Un niño de 13 años sin duda tiene mejor destreza para entender las dinámicas del mundo de la Internet que un adulto mayor, quien fue formado a partir de la lógica lineal del libro. Así, el lector de la Internet experimenta un nuevo proceso cognitivo en la medida en que, además de estar leyendo el contenido del texto, debe estar leyendo el concepto de sistema, la operabilidad del *software* y su aplicación. Se demandan, entonces, nuevas técnicas de aprendizaje pues no es posi-

El libro es una tecnología familiar madurada por el tiempo

ble aprender el lenguaje interactivo-audiovisual con la lógica lineal con la cual se leía la realidad del libro tradicional. Incluso, una alfabetización multimedial permitiría, para el profesor Villota, otro tipo de ciudadanía si asume con responsabilidad el juego interactivo que se le propone: un ciudadano más sensible, con mayor tolerancia, dedicado en lo ético y autónomo, con aptitud para ejercer el derecho de recibir, producir, transmitir información y gestionar conocimiento.

No obstante, la Internet pertenece también al mundo fragmentario, relativo y de múltiples puntos de vista, expresado, por ejemplo, en la abstracción del arte y la literatura contemporánea. Pese a tener más información a la mano, la desinformación sigue latente y el lector crítico sigue siendo apenas una excepción. Habría que recordar, entonces, los *Apocalípticos e Integrados* de los que hablaba el semiólogo italiano Umberto Eco a finales de los años setenta del siglo pasado: o bien puede mirarse con optimismo la emergencia de tal red interconectada de autores y lectores cada vez más activos frente a la información, o puede señalarse, con mirada catastrófica, que ocurre un proceso de automatización y ceguera más complejo. Somos presos de una sujeción todavía oscura para los contemporáneos, una comunicación en la distancia a partir de lo virtual que *resignifica* las nociones de *verdad* y *realidad*.

A esta altura del desarrollo de la Internet deberíamos estar de acuerdo con ambas posiciones. Hay un proceso de automatización porque hay un nuevo hombre que arriba. Este hombre no es necesariamente mejor, pero tampoco es el desbarancadero: es el hombre que uno de los apocalípticos —Giovanni Sartori— ha llamado *homo videns*,

el hombre del tele-ver, el paradigmático padre de *Los Simpson* frente al televisor despertando a una amnesia nueva y terrible; el que está hipnotizado por la retórica de la imagen y sólo de vez en cuando despierta ante los problemas del mundo; el que todo lo olvida o lo ignora. Pero el hombre de la Internet es también el hombre activo, participativo y que no se muestra indiferente frente a la realidad que experimenta; es el lector crítico cada vez más frecuente. Por eso, para el profesor Villota, si al usuario-lector le son planteados estímulos, su habilidad de autoseleccionar, autojerarquizar, deconstruir y gestionar información para convertirla en nuevo conocimiento e, incluso, para convertirse en un nuevo ciudadano responsable se verá fortalecida.

No habría que olvidar entonces que la Internet es sólo un medio y no un fin, motivo por el cual ambos invitados coincidieron en señalar la importancia de seguir construyendo comunidad desde la conversación, desde nuestros Cafés Literarios y Talleres de Creación, desde el diálogo íntimo y desde la corporalidad ausente en la comunicación por la Internet, aunque exista el intento por proporcionar todo tipo de simulaciones posibles. La web es una muy sólida palanca en la tarea de impulsar un lector-ciudadano atento a su contexto y gestor de sí mismo, pero es *solo* eso: una palanca. Entendiendo esto, el medio jamás podrá sustituir al sujeto, al hombre de vísceras y miedo, como dice el poeta.

Sergio Pérez
Promotor de lectura biblioteca Pública Parque
El Tunal

No se deje enredar en la red

Leer es al cerebro lo que la espinaca es para Popeye: una fuente para experimentar la realidad virtual. Mientras esto último se torna más veloz, nuestra mente permite que la experiencia sensorial sea más rica y amplia.

Se supone que hace seis millones de años comenzaron las divergencias entre chimpancés y humanos. Se presume también que este fue el tiempo en que apareció el lenguaje, esa maravillosa forma que nos hace comprender la manera en que percibimos el mundo y las cosas pues, como diría Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, "El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo".

Ahora bien, sabemos que la realidad es inmensa y abrumadora y para poder asirla de algún modo debemos *recortarla* mediante un estereotipo, esto es, el lenguaje que nos permite expresarla.

Cuando escribo para los diversos blogs procuro ser sucinto, no en demasía, pero sí corto, porque una gran extensión impide la lectura en la pantalla. Pienso que el texto tradicional de papel lleva esa ventaja *técnica*, incluso el periódico. Así que de una buena vez lo digo, para quienes se lo están preguntando: el libro no desaparecerá jamás en su forma clásica porque lo apreciamos, es objeto de culto y colección.

La red de Internet –quizá estoy cometiendo un pleonasma, pero valga para explicarme mejor– contiene un *súmmum* de posibilidades infinitas, de

encadenamientos que tientan como un nuevo demonio a *cliquear* páginas y páginas en las cuales uno no hace sino *pasearse*, porque es imposible profundizar en el primer pantallazo al encontrar luego lo *ya dicho*, lo manido, lo preconcebido. Este es un hecho que considero negativo de la red en su intento por ampliar el marco del conocimiento, pues lo común en ella es descubrir siempre una reproducción de ideas prestadas, como en el caso de la enciclopedia en línea *Wikipedia*.

La red ha roto la dimensión real de tiempo y espacio

Me ha pasado casi lo mismo que con el sensacionalismo amarillista de los periódicos de crónica roja: siendo excesivo en la enunciación (por ejemplo al ilustrar un titular muy sangriento como 'La mató enterrándole las tijeras

en el cuello') y cuando se lee la correspondiente noticia comprobamos eso: no era más que sensacionalismo puro y duro de una forma resumida, sucinta y escueta que no dice nada más de lo que anuncia el título. La red de información se vuelve igual en el más amplio de los sentidos: sensacionalista, aunque también sensacional pues contiene agregados técnicos innovadores como la convergencia del sonido y la imagen. Tal vez sea eso lo que apuntale al medio a permear la vida particular y la intimidad cotidiana de los individuos.

Sí, la red ya está involucrándose vertiginosamente en la intimidad del hogar. También empiezan a verse ciertos comportamientos extraños mediados por la propia red. Una vez observaba que dos jóvenes cara a cara estaban callados, no tenían qué decirse mientras esperaban el turno para entrar a

la sala de chateo. Inmediatamente les cambió la situación cuando les asignaron el turno correspondiente de un computador. Empezaron a chatear y se reían de lo que estaban chateando. Ya mediados por el aparato tecnológico del computador y estando en la virtualidad de un espacio –o, por qué no decirlo, en el ciberespacio– sus personalidades se desdoblaban de muchas formas.

El anterior ejemplo muestra cómo estamos entrando a una fase nueva del comportamiento humano porque a la distancia se aparenta, se secretea, se cambia de personalidad y hasta de sexo, sólo para experimentar en la virtualidad del ciberespacio lo que podría suceder.

La red ha roto la dimensión real de tiempo y espacio: ahora podemos estar en Moscú y a los segundos en Buenos Aires; conocer simultáneamente a personas con intereses comunes que están al otro lado del planeta, sin someter el cuerpo al sufrimiento de la enfermedad estresante de los vuelos, el *jetlag*, además de dejarnos la sensación *nueva* de haber asistido a una conversación fútil, o al hallazgo de un tema que por otro medio no sería posible abordar.

Entre lo positivo de la red está la democratización de las telecomunicaciones y las creaciones de comunidades planetarias de redes sociales. La red es la nueva forma de introducir el Caballo de Troya, en los sistemas sociopolíticos que restringen la libertad de expresión y hacerlo estallar desde adentro con las nuevas posibilidades políticas de comunicación. Gracias a la red, la globalización hoy es una realidad innegable porque también rompió las fronteras imaginarias de los países y, por ende, las expresiones políticas e ideológicas circulan con mayor velocidad.

En suma, hoy por hoy la red está introduciendo nuevas formas narrativas que son ligeras y de la más angustiosa levedad para el ser; los contenidos deben ser ligeros, de moda, livianos o *light* para los tiempos de hoy: la actualidad del eterno presente.

Marcelo del Castillo
Usuario del Café Literario 'Bibliófilos' de la
Biblioteca Pública Virgilio Barco

Comunidad de Lectores y Escritores: una invitación a encontrarnos en otros mundos, en otros espacios

De cara a este mundo que se mueve tan rápidamente, nos preguntamos sobre cosas elementales que tienen que ver con nuestra condición humana. El progreso y la tecnología retumban en nuestros oídos como un llamado desesperado a pensar qué somos, cómo nos comportamos. Escuchamos habitualmente, y de forma muy natural, una palabra que muchas veces se nos escapa de las manos. Sabemos que existe, que nos interpela a cada momento tanto en los diálogos cotidianos como en los asuntos que tienen que ver con nuestra organización social y política. Una palabra en la cual generalmente no nos detenemos a pensar ni qué ni cómo significa, pero que, ante todo, es el punto de partida para entender el sentido de nuestro nuevo portal online llamado *Comunidad de Escritores y Lectores*.

Cuando intentamos pensar el significado de la palabra "comunidad" revuelan una inmensidad de términos con los que podemos relacionarla, por ejemplo: comunión, cooperación, compartir, común, personas, conjunto, encuentros etc. Nos quedaríamos realizando una lista inmensa de palabras para lograr definirla como concepto sin que ningún significado nos quede por fuera. Aunque este no es el sentido del texto, cabe señalar para nuestro propósito que en la palabra "comunidad" podemos encontrar una forma de comprender esa necesidad que tenemos todos de compartir intereses con otras personas; nos convoca a expresarnos y a identificar lo semejantes que podemos

llegar a ser con otros y la posibilidad de aprender, también, desde sus diferencias.

Ciertamente, en cada momento de nuestra vida nos rodeamos de personas diversas, deseamos que haya gente que nos comprenda y que nos haga sentir que estamos en el lugar apropiado, a veces no tenemos la suerte de que sea así pero en muchas otras sí ocurre, y es ahí en donde podemos consolidar lazos afectivos y de otra índole. En últimas, cuando hablamos de comunidad estamos pensando en un espacio donde podemos sentirnos cómodos con otros.

Ahora bien, generalmente, comprendemos que es necesaria la comunicación para que una comunidad se consolide, aunque muchas veces ignoramos que los canales comunicativos se presentan de múltiples formas según las tecnologías. En principio, podemos conectarnos a partir de nuestro habla o de nuestra escritura en la cotidianidad, pero surgen preguntas sobre cómo lo oral y lo escrito funcionan para hacer comunidad en una época en donde no podemos ignorar los avances tecnológicos. ¿Cómo es una comunidad virtual? ¿Será verdad que nuestra comunicación se transforma con la tecnología? ¿Qué significa leer y escribir en la Internet? Sería bastante pretencioso querer dar una respuesta en este texto a las anteriores preguntas, sin embargo, podemos reflexionar en torno a ellas de forma tal que logre-

La Internet nos interpela a buscar nuevas formas de encontrarnos

mos abrir caminos para comprender mejor estos fenómenos que afectan nuestros modos de habitar el mundo.

La Internet nos interpela a buscar nuevas formas de encontrarnos, ya no sólo personalmente sino en la posibilidad de atravesar distancias, tiempos, modalidades de la presencia. Así, surgen nuevas formas de hacer comunidad. Las nuevas tecnologías hacen que se difuminen límites que alguna vez no creíamos que se pudieran desvanecer como el espacio y el tiempo. Pero ahora estos conceptos se resignifican y nos permiten ver que las distancias y los modos de expresión dejan de ser obstáculos y se convierten en condiciones para crear, para inventar nuevas comunidades.

Luego, es un hecho que en la Internet existen portales diseñados especialmente para crear redes sociales con diversos intereses, por ejemplo, aquellas que se centran en que las personas encuentren afinidades profesionales para poder obtener algún logro en su campo laboral, o las que posibilitan relaciones sentimentales. Cuando hablamos de *Comunidad Virtual de Lectores y Escritores* en Internet, nos congregamos alrededor de las prácticas de la lectura y la escritura en un espacio virtual de acceso libre. Es justo aquí en donde se ponen en juego el esfuerzo, la creatividad y el compromiso de todos para construir y consolidar un lugar en esa red incommensurable que es la Web 2.0.

En este punto cabe aclarar que la Internet se convierte en la apertura al espacio infinito de posibilidades de acceso a la información y de participación de lo que está publicado en la web, lo que implica que así como podemos encontrar in-

formación muy valiosa y significativa para nuestros intereses, también podemos correr el riesgo de naufragar en un océano de oportunidades y perdernos fácilmente en datos insignificantes. De acuerdo con esto, vislumbramos la necesidad de consolidar un portal que se convierta en guía para aprovechar al máximo todo aquello que nos presenta la Internet especialmente cuando de lectura y escritura se trata.

**Internet se convierte
en la apertura al espacio infinito
de posibilidades de acceso
a la información**



Así, la apuesta que hizo BiblioRed con el lanzamiento de una *Comunidad Virtual de Lectores y Escritores* en Internet dentro del III Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria, da cuenta de la importancia de incorporar las nuevas tecnologías no sólo para encontrarnos libremente, sino para reflexionar sobre nuestras prácticas lectoras y escritoras, desempeñando un papel crítico frente a lo que podemos encontrar en la web. Desde este nuevo portal las bibliotecas públicas y todo lo que sucede dentro de sus muros se expande y se libera para alcanzar a personas que no tienen la posibilidad de participar en ellas, a los que son usuarios de las bibliotecas consagrados al arte de la escritura y, por supuesto, a aquellos a quienes convocan todas las expresiones culturales que se manifiestan en cada una de nuestras instalaciones.

En esta *Comunidad* podemos encontrar desde textos de especialistas sobre un tema en particular en la sección *El Especialista*, hasta opiniones

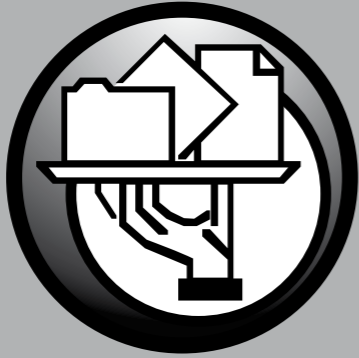
desprevenidas de algunos participantes sobre una pregunta determinada en nuestros foros. Todo, eso sí, relacionado con la literatura, el arte y la cultura. En otras palabras, nos interesa todo lo que sucede dentro de las bibliotecas públicas del Distrito y su proyección en otros ámbitos.

Llegado a este punto nos enfrentamos a otro matiz de la noción de comunidad. Como lo dejamos entrever, sólo puede existir una comunidad si cada uno de los miembros se apropia de ese espacio, constituyéndolo como un eje importante en su interrelación con el mundo circundante. Por todo lo anterior, queremos invitar a todos nuestros lectores a que se acerquen y se dejen seducir por la palabra que baila entre la biblioteca y la Internet.

Natalia Montejo Vélez
Promotora de lectura de la Biblioteca Pública
Virgilio Barco

nos interesa todo
*lo que sucede dentro de las
 bibliotecas públicas del Distrito
 y su proyección en otros ámbitos*

Parte II



Para darle cuerda a la palabra: antología de ejercicios y juegos poéticos

*“En la naturaleza nunca vemos nada aislado
sino cada cosa en conexión con algo más que está delante suyo,
a su lado, debajo o encima.*

Johann Wolfgang von Goethe

La escritura es un ejercicio que empieza con la tachadura. Se requiere afinar el pensamiento, encausar las palabras, releer una y otra vez y –al final– permitirle acaecer como proceso artesanal, irrepetible, abierto...

Las páginas que siguen quieren fijar un instante de ese estadio incompleto que es la escritura surgida en los Talleres de Creación Literaria y los Cafés Literarios. También, narran fragmentos de vida de los espacios, de las personas que los habitan y de su participación en el recital a través de la realidad de las letras.

Hemos invitado a los promotores y usuarios a asistir a la danza de los lápices con el fin de que tracen sus escenarios de olvidos para nosotros, a manera de reseñas, cuentos o poemas. Lo que nos dejan, entonces, son sucesos extraños, afiches grabados con melancolía, historias para Valeria, gotitas cargadas con violencia y apologías de las conexiones que se generan en uno y otro extremo de la ciudad, por el hecho de gozar, sufrir y comunicar lo que el instrumento canta.

Carol Contreras Suárez
Promotora de lectura Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

Café literario de la Biblioteca Pública Bosa

Desde hace un año, el Café literario de Bosa se ha venido consolidando como el momento del viernes en la tarde en el cual la libre expresión, el compartir experiencias, el aprendizaje y sobre todo la creación literaria han seducido a un grupo de jóvenes que no superan los 17 años, quienes le han dado continuidad al programa a través de su constancia y sus ideas.

Cesar Albarracín Zuluaga

Con 16 años es un asistente frecuente a la Biblioteca y al Café literario. Entusiasta, participativo y bastante creativo. Autor del cuento *Planeta*, en el cual –como él dice– se dejó llevar por sus pensamientos acerca del amor.

Mi planeta

Yo quisiera enamorarte
y con tu mirada siento el arte
de esa pequeña cosa que llamamos amor.

Siempre que te miro siento un fuego
que me quema por dentro
ese fuego recorre de parte a parte mi cuerpo
cuando tú me miras sólo siento un deseo
de seguirte amando.
Sólo te pido que me des esos momentos
que me hacen feliz,
acércate, yo sé que puedes
y déjame sentir ese amor tan dulce,
tierno apasionado y suave...

Gracias por dejarme amarte,
¡qué más puedo hacer sino eso!

Laura Lucía Molano

Su dulzura acompaña las lecturas en voz alta del Café literario. Amante de los temas extraños y polémicos, participativa y comprometida. Es la más fiel seguidora del programa y una entusiasta protagonista de inquietudes que expresa, sin miedo y con propiedad, a sus 17 años. Autora del poema *Colombia*, una dulce oda al país visto a través del “parque de la vida”, como ella lo llama.

Colombia

En el parque de la vida
me encontraba rodeada de belleza
estaba tan contenta que decidí andar por ese lugar.

Al pasar el tiempo pude observar cómo el atardecer
fluía en todo el día
como si en un momento
los sueños se pudieran cumplir y realizar

en ese instante fue como si el mundo vibrara
como si las flores abundaran más
y como si ese parque tuviera vida.

Nicolás Prieto Sierra

Asiduo lector y escritor de 17 años. Inspirado poeta, silencioso, inteligente y entregado a sus labores. Disfruta la escritura que expresa sus sentimientos y emociones. Autor de *Amigos extraños de la calle*, una vivencia que se quedó grabada en una de sus tardes soleadas.

Amigos extraños de la calle

Hubo una vez en que estaba esperando a la llegada, miraba alrededor del parque lo que pasaba, mientras yo estaba en la soledad pensando qué tenía que hacer. Por un momento sentí que el tiempo era eterno, pero vi a una pareja y como siempre me dio rabia por estar siempre solo.

Pasó un rato, ya no era lo mismo, estaba escribiendo, pensando en mi trabajo cuando ella, esa princesa, estaba muy cerca de mí. Me habló con esas palabras tan alegres como melancólicas. Se sentía bien con mi presencia; yo también me sentía bien con su presencia. ¡Ella es tan linda y tan divina! Pero estaba perdida y no se podía salvar del oscuro agujero que la carcomía por varios días.

Su actitud era muy buena. Hablaba conmigo como si nada. Me felicitó por mi letra —era la primera vez que alguien me felicitaba por eso—. Luego, me pidió ayuda con su walkman. En ese momento estuve junto a mí y por un mínimo instante sentí que ella tenía amor y me lo estaba expresando a pesar de su vicio. Era la hora de irme y me despedí. Cuando entré al salón, sentí temor, una sensación fuerte, y desde ese momento sentí con más fuerza que el poder del gobierno tramposo se llevaba a los más jóvenes y que la vida se volvía más difícil.

**Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella**

Este programa, consolidado desde hace más de cinco años, es uno de los que ha arrojado mejores resultados entre los usuarios y la Biblioteca: galardones en concursos locales, publicaciones y sobre todo fidelidad con los procesos son la expresión de este grupo de gente que goza de la palabra y la música en las noches de los sábados.

Roberto Balbastro

Miembro del Taller de Creación Literaria y del grupo literario *La conjura de los necios*.

Carta abierta al Café literario El Tintal (La conjura de los necios):

Después de estarlo pensando mucho y tras las reiteradas insistencias de mi mamá, he llegado a la conclusión de que verdaderamente mi cuarto huele mal. “¡Mamá, no puede ser!” “¡Sí!, mijo, huele mal. Debes hacer algo, ese olor ya llega hasta la cocina”. Tengo mis únicos dos pares de medias puestas, mi único par de zapatos puestas, mis únicos calzoncillos puestas, la misma camisa y el mismo pantalón puestas. No hay nada más, aparte de mi ropa, que pueda oler mal “. “Roberto, es tu cuarto el que huele mal. No es tu ropa, no son tus zapatos, ¡es tu cuarto! Aun cuando no estás acostado en tu cama, leyendo tus libros, huele mal. ¡Siempre huele mal! No sé a qué, pero a veces lo asemejo como al olor de un producto cárnico”. “Esa situación ya está empezando a preocuparme”.

Los perfumistas no saben con precisión a qué huelen sus propios perfumes, son los olfatos de terceros quienes se los hacen saber por medio de diestras y precisas descripciones verbales (o corpóreas). Creo.

Una ocasión vino a mi casa un amigo acompañado por su novia, querían que les prestara algo, no recuerdo con exactitud qué, pero ese algo estaba en mi cuarto. Entraron, se miraron, respiraron grueso, tosieron, hicieron pinza con sus dedos apretando los orificios de su nariz, agitaron el aire como si espantaran moscas, caminaron dos pasos más, se detuvieron, tosieron nuevamente, agitaron otra vez el aire como si espantaran moscas, se subieron el cuello de la camiseta a la altura del tabique, dieron media vuelta y salieron. Nunca los volví a ver. Quizás es mi vergüenza la que me impide buscarlos para darles una explicación entendible. Tal vez es mi vergüenza.

Un día mi mamá colgó de la puerta de mi cuarto un octavo de cartulina azul, donde estaban pegadas con colbón, y ladeadas, unas letras que ella misma había recortado hábilmente de un periódico: “Tienes tres horas para sacar ese olor de tu cuarto. TRES HORAS “. Era un ultimátum.

Fueron las tres horas más felices de mi vida.

Acatando el ultimátum de mi mamá, me dispuse a sanear mi cuarto a como diera lugar. Cogí toda mi ropa, aun la que tenía puesta, y la saqué para el patio. Me quedé desnudo, quizás así pudiera detectar el foco de aquel olor más fácilmente. Hice un envoltorio con mis cobijas y lo saqué al sol, enrollé mi colchón y lo saqué al sol, todo lo cogí y lo saqué al sol. No sé por qué, pero imaginaba que el sol liquidaría (o ahuyentaría) ese olor de cualquiera de mis pertenencias, dando solución definitiva a ese problema. Cuando entré otra vez a mi cuarto, sentí por vez primera ese olor socavando los conductos de mi nariz. Mi mamá tenía razón, ese olor correspondía al olor de un producto cárnico: salchicha, mortadela, jamón... etc. Todo junto. Todo junto, molido y mezclado. Algo confuso.

En mi cuarto no quedaban muchas cosas a las cuales adjudicarles ese olor característico: tres telarañas, una grabadora y catorce libros. Me acerqué al rincón donde estaban colgadas las telarañas, las desbaraté con una escoba y las olí, a nada olían. Fui a donde estaba mi grabadora, abrí la casetera, la olí, a nada olía. Caminé a donde estaban mis catorce libros perfectamente apilados, sin tocarlos acerqué mi nariz y los olí, olían a carne. Mis libros eran el foco de aquel imperecedero olor.

Después de darme cuenta de que eran mis libros los que expedían esa fetidez, vinieron a mi mente las líneas de un cuento que había leído hacía bastantes años. No recuerdo el autor, mucho menos el título. Lo único que recuerdo es que en esas pocas líneas estaba escrito algo que se quedó grabado en mi memoria como el rostro de esa chica que amé pero que no me amó. Tratando de desmenuzar lo que el cuento decía, forzaré mi memoria a que sea precisa y locuaz:

“LOS GRANDES LIBROS, LAS GRANDES NOVELAS, LOS GRANDES CUENTOS, ESTÁN HECHOS DE RECUERDOS, DE LA CARNE DE CADA RECUERDO. ¿ACASO TODA LITERATURA NO SON LOS RECUERDOS QUE NOS BRINDA CADA ESCRITOR? DICHO SEA QUE TODO LIBRO, POR NATURALEZA, DEBE SER UNA CARNICERÍA TEJIDA DE RECUERDOS...”

Quise buscar ese texto entre mis libros, pero supe que era innecesaria esa búsqueda, ese texto lo había leído en la biblioteca. Exactamente en el espacio del Café literario *La conjura de los necios*.

Mamá llegó y me vio desnudo. Sin darle oportunidad a que dijera algo, le dije que ese olor perduraría en mi cuarto hasta el día de mi muerte.

Sólo me mandó a que me vistiera.

Steve Vélez Rodríguez

Participante del Taller de Creación Literaria desde su inicio. Hace algún tiempo se desempeñó como promotor de lectura en el proyecto PPP (Paraderos Para Libros Para Parques) de la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte. Le gusta combinar en sus textos el esoterismo, el lenguaje coloquial y la pornografía. Cree que un buen escrito se condimenta con lecturas concienzudas y situaciones propias de la vida. Libros atrevidos son los que más lo entretienen.



Andróginos en la circunvalar

Es media noche, los cerros andinos aromatizan la serpiente de asfalto maltratada por insectos de forma humana, por máquinas que a toda velocidad rastrillan su espalda..., lugar de fascinación y, aun así, no vemos que la musa de piedra nos observa, se sienten los ecos del espíritu. “¿Me estoy volviendo loco?, emergen espectros de hermosa figura e ilimitado poder, siento que la magia de su belleza invade mi consciencia. ¿A dónde me llevan?, tal vez me encuentre muerto.

Exequiata

Después de una considerable traba de marihuana, acompañada de alcohol y cigarrillos, salimos del Parque del Renacimiento de la calle 26. El frío de la noche calaba nuestros huesos, avanzamos hacia el centro, al corazón de la ciudad, el silencio sepulcral sería asesinado a la altura del Cementerio central, Jair quería desahogar su lascivia en los burdeles del Santafé, me trató de convencer, casi lo logra pero no, mi consciencia estaba entrando en terror, me imaginé que las putas eran asesinas que bebían nuestra sangre, devoraban nuestras carnes como ratas hambrientas del pánico, insistí en que era mejor para otro día, a regañadientes aceptó mi proposición. En la Avenida Caracas el cielo se abrió, un caballo púrpura salido del sur esparció sangre por toda Bogotá, otro caballo de pigmentación oscura emergido del oriente, vertía sobre la ciudad un polvo negro que al caer al suelo generó un olor a carne quemada; el tercero que llegó del norte de tonalidad violácea, dispersó en todo lo que cubría al distrito, flores y mariposas de bellos matices azules. El último, de blanco cristal descendido de occidente, pasó sobre la urbe sin manifestarse, o bueno, tal vez lo hizo cuando su desaparición lavó con la fuerte lluvia lo que los otros hicieron. Jair del desespero me sacudió para que volviera en sí, me dijo que si me iba a quedar mojándome, caminamos hacia la 32 y bajamos por Teusaquillo, a decir verdad el agua me sirvió para bajar la intensidad de los psicotrópicos. Preguntamos la hora, –Son las 9:00–, nos montamos en el bus, sentados en los puestos de atrás, una risa maquiavélica atraviesa mi inconsciente, pienso y sigo pensando si podré salir de esta película de ciencia ficción.

Café Literario de la Biblioteca Pública Parque El Tunal

La larga y enredada cadena de conversaciones construida con las múltiples voces de quienes participan en el Café Literario de la Biblioteca Parque El Tunal (algunos en una desprevenida oportunidad) gira casi siempre alrededor del dilema cervantino de la relación entre la literatura y la vida. Desde hace más de 5 años este espacio de los martes en la tarde, cuyo único requisito es el interés en compartir sobre libros y experiencias, busca demostrar semana a semana que la poesía, por fortuna, no sólo está en los libros.

Luis Fernando Williams

Nació en Bogotá en abril de 1979. Ha sentido aprecio por la lectura desde niño. Cursa actualmente la carrera de Psicología en la Universidad Nacional de Colombia y asiste con regularidad a este programa, experiencia que lo ha motivado a empezar a escribir.

Tecnología

Son las seis de la mañana cuando Juan despierta súbitamente sintiendo la nariz húmeda de su perro, que está apoyado en la cama meneando la cola. De inmediato, recuerda lo vivido la noche anterior.

—Buenos días.

—Buenos días, le contestan.

Sale a la ventana de su cuarto. Observa la mañana que estaba despejada y le parece más hermosa que de costumbre. Allí se queda de pie, contemplando.

Juan se dispone a hacer lo que ha venido haciendo todos los martes por la mañana, después de levantarse: ir al baño, cepillarse los dientes, desayunar e ir al trabajo. Se mueve con la rapidez de siempre.

Por alguna razón, Eva no le contó lo que iba a hacer durante el día, pero Juan sentía su compañía todo el tiempo. “Hasta luego” dijo en voz alta y tomó el bus con tranquilidad.

Realiza los trámites de rutina, salvo que, a eso de las 11 a.m., afanado por entregar un documento importante, escucha:

—Vaya papelón el que hiciste anoche, ¿no?

Se sorprende.

—Juan, ¿qué si hay papel en la impresora?—. Escucha de nuevo: era Gloria, la secretaria, quien le insistía.

Cavila segundos y escucha el timbre de su celular:

—¿Aló?

—Hola, soy Eva.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, acabo de salir de clase y pensé en saludarte.

—¡Qué bueno! Gracias, he pensando en ti todo el día.

—Te quiero pedir disculpas por no haberme despedido de ti anoche.

—Pero, ¿cómo?, no entiendo, acaso...—. No podía terminar la frase. ¿No era cierto lo de la noche anterior, y todo por lo que había pasado hoy?

—Sí, es que la conexión no era buena, dice ella.

—Pensé que había algo entre los dos. Me dijiste que me...—. Oía “Juan” en su cabeza mientras escuchaba a Eva al otro lado del teléfono.

—¿A qué horas sales del trabajo?

—¿Aló? ¿Qué pasa?—. Dice Eva por el teléfono al no recibir contestación de Juan.

Juan finalmente responde confundido:

—Anoche hablamos hasta bien tarde, ¿no recuerdas lo que nos dijimos?

—No, no me acuerdo.

—Dijiste que me...

—No, qué raro... creo que entendiste mal.

Juan se pone pálido, le empiezan a temblar las piernas y los brazos, sigue confundido y apenas puede hablar.

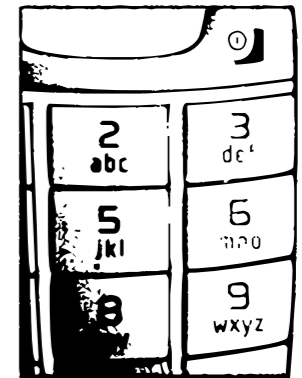
Súbitamente recibe la mirada cómplice de su perro fiel, que lo invita a levantarse.

Adormilado, enciende el intercomunicador inalámbrico que tiene adherido a su chaqueta. Deletrea una secuencia de números que lo conectan de inmediato con otro intercomunicador en Argentina, más de 1000 kilómetros de distancia de allí, y luego de seguir el protocolo de admisión de llamada contesta Eva, quien lo saluda efusivamente y piensa, ¿Qué milagro? ¿Qué me cuentas?

Se cae la conexión.

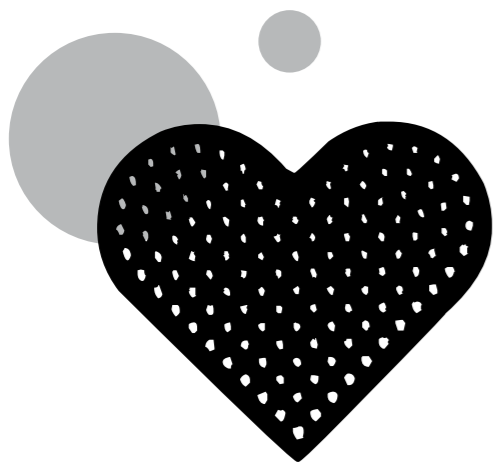
Juan, mentalmente, dice:

—¡A que no imaginas lo que soñé anoche!



Raúl Arias Moreno

Recorre con familiaridad los pasillos de la Biblioteca Pública Parque El Tunal. Poeta, pintor y diseñador bogotano formado en el SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje del Gobierno colombiano), afirma que el arte es para él "una manera de expresar los sentimientos y sensaciones que habitan en el alma del artista", y como "artista empírico, formado en la Biblioteca", ha encontrado en la poesía una manera de "nutrir la palabra mística encerrada en los libros". Hoy nos revela algunos de sus pensamientos, desvíos, atenciones, *aforismos*, producto de mañanas y tardes silenciosas en medio de libros.



Aforismos

La nada siempre aguarda como el silencio y la soledad.

Ser y dejar de ser metamorfosis de un mismo estado.

El arte tiene la pulsión de una estrella
La ilusión de su luz es la única esperanza para el artista.

Obséquame la poesía de tu desnudez para aferrarme a tu recuerdo en una noche de insomnio.

El hombre es un creador de ilusiones una máquina de deseos insatisfechos destructor y creador esplendorosa contradicción.

Me oculto del Dios que habita en las iglesias adoro el dios que comulga con mi silencio.

Ser feliz es disfrutar el sabor etéreo del instante sumergirse en la eternidad del recuerdo que no muere.

La niñez es un segundo extraviado en la memoria.

Un beso es la sensación que nos mueve a poseer lo que no es nuestro.

El hombre debe abolir el dogma para hallar la libertad del placer.

Un hombre que no se cuestiona nada con respecto a su vida y su existencia es un títere de sus semejantes.

Habito este mundo con la utopía de existir en otro.
Lo real, instante que no diluye el tiempo ni el olvido.

Café Literario de la Biblioteca Pública Suba

Los asistentes de este espacio podrían considerarse los mentores de la Localidad, no sólo porque desde hace varios años cambian la soledad ciudadina para forjar lecturas y textos, sino por esa gran empresa que recibe el nombre de *Subanidad*: el periódico comunitario de la Localidad de Suba.

Enrique Pabón Sanabria
Miembro del Café Literario.

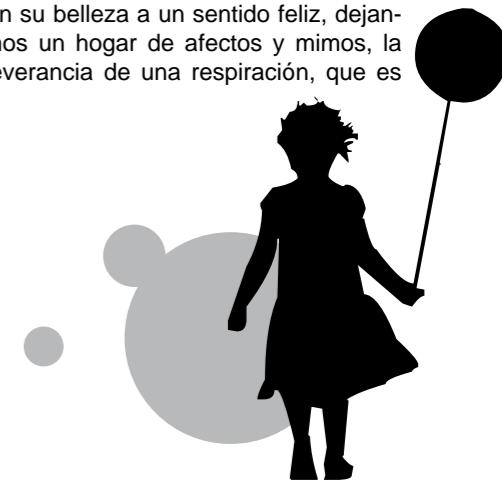
Juliana

A lo largo de un camino, en medio de extendidos maíces gordos, una niña vestida de blanco despliega sus brazos imitando el ruido de un motor en lento *decollage*, con el tiempo y horizonte despejados.

A sabiendas de que se apropia del vuelo de las aves, juega a elevarse como un avión. Rompe la paz matinal y el mundo es una explosión de verdes en los azules lejanos apenas visibles y movidos de tibios olores y atmósferas que oprimen la garganta. El firmamento es de un sencillo inmenso donde la felicidad es el viento cargado de mensajes. El idilio del beso en la frente con la música de un corazón.

En su viaje la niña ha rozado el ala de una cotorra que, enojada, le ha dicho tener más cuidado. Sus chillidos le han hecho caer en cuenta de lo distante que se halla de su casa, a la que ya ni siquiera avista. Decide apagar el motor y volver planeando. Dada la prisa, escoge el vuelo del halcón, y en un luminoso y puro abismo se ahonda, clareando en pasmos ardientes, casi que en espirituales colores.

Instantes previos, dilata el ángulo de sus brazos, gira y, en un último deslizamiento, evoluciona hacia una danza en un gesto común, algo desmayado e imponente. Al correr a lo largo del camino sus ojos ríen. Avivan sus saltos la tierra en un soplo. Desde un lenguaje de alegrías ha tocado la cabeza de una flor como un juramento, ha esparcido de la naturaleza sus virtudes y esencias, las ha entregado en su belleza a un sentido feliz, dejando en asomos un hogar de afectos y mimos, la cálida perseverancia de una respiración, que es compartida.



Oswaldo Murillo Urueta

Miembro de 'Café sin censura' de la Biblioteca Pública Suba. Escritor y columnista de la Revista *Paideia* y *Espejo* de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena, y del periódico *Subanidad* de la Localidad de Suba. Asesor educativo integral, organizador de colectivos de poesía, arte y cultura y del *Collage literario 2009* de la Biblioteca Pública Suba. Egresado de Filosofía de la Universidad de Cartagena, también ha trabajado en periodismo juvenil y estudiantil y en periodismo para el desarrollo del SENA. Docente e investigador, gestor cultural y ensayista.

Desafío

Contra el desdén, el desamor y la desesperanza, te he arrullado en mi regazo como una madre acoge en su ser la prolongación de su existencia. Te he regocijado con toda tu hermosura, plenitud de todo goce terrenal y espiritual, allende a los mares y a toda planicie, montaña, paramo y glacial. He saciado mi dulce anhelo ilimitado con tu alegría, tu deseo y el calor de tu cuerpo. He tenido para mí completamente tu firmeza de carácter, aún cuando abdicabas a mi voluntad, mi intención y mi inteligencia. Creí y, con todo éxito, disfruté las mieles de la victoria. Y permanezco también como aquellos ángeles que descendieron a la tierra, motivados y susten-

tados por el mandato divino de procrear y generar una descendencia libre de impurezas, provenientes de las inmundicias de las tinieblas y el tenebroso hijo de la oscuridad y hermano de la luz. Satisfecho de gozar tu belleza carnal y espiritual hasta la eternidad.

El deleite carnal continúa en la realización desenfrenada del ideal del amor.

El cuerpo tiene la función de gozar y amar.

Y con toda certeza enlace tu espíritu con el mío. Y es contundente, como la indisoluble unión entre un descomunal trueno con el fulgor intenso y resplandeciente que irrumpen en un cielo noctámbulo y seductor.

Y tus bellos brazos, como los alegres vientos marinos de un nuevo amanecer, acarician mi cuerpo, desatando un incontenible y fuerte deseo de un sol ardiente penetrando los virginales labios que separan el infinito y las turbulentas olas marinas que violentamente descansan en la orilla, arrojando su abundante espuma sobre la arena inocente.

Quedo extasiado, permanezco seguro.

Me siento ávido de este amor ilimitado que mutuamente alimentamos.

Sin el alma ni el cuerpo marchita.



Café literario de la Biblioteca Pública Lago Timiza

Este espacio se caracteriza por la formación de sus participantes, quienes son jóvenes y adultos con estudios universitarios en las áreas de Literatura y Humanidades. Esto evidencia la profundidad con la cual se van construyendo las sesiones en torno a los textos manejados, en donde se trabajan conceptos de la crítica literaria que los miembros de este espacio van desglosando y comprendiendo en conjunto.

Carlos Bastidas

Es una persona comprometida con la literatura a través de diversos ámbitos de su vida: es profesional en Estudios literarios de la Universidad Nacional de Colombia y actualmente se encuentra realizando estudios de maestría en la misma área en la Universidad Javeriana. Fue quien propuso trabajar la escritura creativa dentro del espacio del Café Literario.

Dextrocardia

¿Qué haces?, en la calle no tienes nada que ver y no puedes irte, ¡estás loco!, eso que ni se te ocurra, no escribir ni leer ni nada; dormirme me dices, ¡por las almas del orco, que estas loco! Lo acordado chico, lo acordado; eso, concéntrate que así vas bien, ya entiendes el punto. ¿Qué es lo que te he venido diciendo? Sólo espera a que llegue y por ahora no hagas nada. Timbran, ¿es que no lo oyes?, ve a abrir la puerta y compórtate como yo lo haría. A estas alturas te arrepientes, cordero. ¡Que se caigan del cielo todos los ángeles y que el mismísimo Dios te aplaste la cabeza! Camina, eso, abre la puerta. ¡Por Dios, sonríele! Déjala que entre y si estas nervioso fúmate algo para que se te pase. Bueno, ya entró al cuarto, todo va como lo planeamos —está bien, como lo planeé, enton-

ces—, no la mires que se te va, ¡por el orco en el que se ha de caer esta fulana, no la mires! ¿Que te dieron ganas de vomitar?: no lo vas a tirar todo por la ventana, espérate un rato, piensa que ésta no va durar. Por los dioses y por la santísima trilogía que a mí ya me tiene aburrido; lo que ella diga a mí me da lo mismo, es decir, te debe importar lo que me importa a mí —o a ti o a lo que sea que somos—, literalmente nada. La veo también aburrida, se te va a escapar pequeño borracho. Te estas poniendo cabrón, la cosa está bien para nosotros, me gusta; eso, agárrala y que no grite, más fuerte que te va a arrancar los ojos; vamos, no aflojes, piensa en todo lo que te deben. Ya está hecho, ahora vomita lo que quieras; dale corderito, dale, qué harías sin mí criatura de Dios. Es inútil, no te escucha, ¿es que no te das cuenta de que la dejaste bien muertita? Pero bueno, dile lo que le ibas a decir, sensibilero, ahora ya no me importa y puedes ponerte todo lo cabrón que te dé la gana. Hey, ¿por qué haces eso?, no creí que fueras tan crudo, qué asco; pero no pienses que estoy aquí y sigue haciéndolo como si yo no estuviera; si no me río, solamente no pensé que fueras tan..., no sé como decírtelo, tan particularmente sensual, tú me entiendes. Bien, conociéndote como ahora te conozco, puedo decirte que estás loco, por las almas que purgan el orco, te digo, pequeño, que estás verdaderamente loco.



Gildardo Meneses

Estudia Filosofía en la Universidad Pedagógica Nacional y trabaja como promotor de lectura en Fundalectura, lo cual muestra su interés por las prácticas de la lectura y la escritura.

La huida

No cierres los ojos o el sueño terminará por vencer la vigilia. Piénsalo, si te duermes no podrás salir de esta ciudad infernal donde los vivos viven recordando a los muertos. Has dormido suficiente. Mantente alerta, no dudes ni por un segundo o de lo contrario perderás lo que te queda de razón. No hay tiempo de despedidas. Es hora de abandonar a los seres queridos; es lo primordial al iniciar el viaje, empezar a olvidar. Si no olvidas vivirás en el recuerdo, en el pasado. Estás más viejo que ayer. Quitá esa mirada estúpida del espejo, no rejuvenecerás. Sube al automóvil y acelera para huir lo más rápido que puedas. La carretera te resultará confusa, peligrosa, pero no te preocupes, sé valiente. No cierres los ojos, imbécil, recuerda, estás conduciendo un automóvil, podrías morir y todo se iría al suelo; imagina que oyes una pequeña conversación:

—¿Cómo te llamas?
—Carolina, ¿y tú?

Olvídalo, no oyes ninguna conversación, piensa en una playa solitaria, tranquila. No, mejor no pienses, apresúrate, si no escapas harás parte de toda la inmundicia de esta ciudad. Nunca has pertenecido a esta ciudad, siempre has sido un extranjero. ¡Vamos niño! ¿Cuál es tu duda? En este lugar no hay futuro para ti. ¿Qué esperas? Sólo mira por unos segundos hacia atrás, cuánta locura, mentiras, tristeza. No te espera un nuevo futuro, tampoco tus sueños cumplirán, no habrá quince minutos de fama y toda esa estupidez; será una salida excelente. Tal vez lo único que te espere sean los brazos delgados de una mujer. Ahora despídete y sonríe.

Jorge Laguna

Es estudiante de la carrera de Estudios literarios de la Universidad Nacional de Colombia y, al igual que sus compañeros del Café Literario, demuestra un gran interés por fomentar la lectura y la escritura: trabaja como promotor de lectura en las localidades de Bosa y Kennedy, cercanas a la Biblioteca.

Un cuento para Valeria

Valeria iba todos los días, entre las dos y las cuatro de la tarde, a leer en la biblioteca. Me gustaba seguirla y mirar cómo su sombra crecía a medida que avanzábamos por las calles, y ver sus cabellos de colores difuminándose entre las luces de los postes. Caminaba insegura, como si esperara que a cada paso la tierra se abriera y tragara su cuerpo, y con la rigidez de una barra enmohecida que en cualquier momento podría romperse.

Era un martes en la noche cuando la vi salir del Café Literario de la biblioteca y luego caminar con holgura por la calle empinada que llegaba hasta su casa. Había leído *Sobre héroes y tumbas* y observé que, después de su lectura, en su rostro se desdibujaba una mueca. No me pareció extraño porque había notado que ella tenía claras las reglas básicas de la lectura: reír o llorar con el libro cuando es indispensable hacerlo. Pero había algo en su rostro que no se empalmaba con el goce, que delataba más un disgusto o la extrañeza de algo.

Nunca antes había sentido mi presencia, aun cuando la miraba, estando ella concentrada y rígida como una piedra, al frente de sus esbozos de hombres desnudos y ángeles sin rostros. Pero esa noche me sintió, porque de un momento a otro, se quedó inmóvil y trató de buscarme en la pared de la calle en donde me encontraba oculto; me buscó con una cara envejecida y ojerosa, y luego, como un espectro, caminó trastabillando sus pies contra el pavimento.

Antes de llegar a su casa había que pasar por un largo potrero oscuro, lleno de perros con sarna que latían sin distinción. Siempre traté de evitar el encuentro con los perros, así que jamás llegué a saber con certeza en cuál casa vivía. Pero esa noche los perros no latieron y me quedé inerte en la esquina esperando a que lo hicieran; al rato escuché un «ayúdame» lejano y casi ahogado, que ignoré.

II

No dejé de sentirme culpable por lo que había pasado. Seguí con mis lecturas y dejé la imagen de los tres hombres sacudiendo, denigrando el cuerpo de Valeria, como una motivación que en cualquier momento podría convertirse en escritura.

Cuando Valeria volvió a la biblioteca, el odio se notaba en los trazos gruesos y fuertes que hacía en sus dibujos. Si algo me había agradado de sus ángeles sin rostros y sus cuerpos era la delicadeza de los trazos que mostraba la alianza de sus dibujos con su alma. No volvió a entrar al Café Literario y salía antes de que la noche

llegara. Pocas veces la vi leyendo y duraba largos minutos mirando cualquier pared blanca de la biblioteca.

Por esos días llegué a creer que nunca sabría que fui yo al que llamaba esa noche, pero un mes después de su regreso se acercó a la mesa en donde me encontraba. Sus ojos, aunque brillantes, se mostraban sin convicción, como si fueran los ojos sin vida de una muñeca de madera. Miré sus labios, que estaban entumecidos, y luego dijo rasgando su voz:

—Necesito que me acompañe a abortar.

Sentí cómo un calambre subía por mi cuerpo. No recuerdo haber dicho más que un «sí» pausado. Luego su cuerpo se marchó, liviano hasta perderse por el pasillo que comunicaba con las escaleras de la biblioteca.

Me levanté y la seguí hasta la calle, como había hecho muchas veces. Volteó su rostro y me esperó unos segundos; pero cuando me acerqué se apartó.

—Vamos por los lados de Profamilia —dijo con una serenidad lóbrega, como si no fuera la primera vez que lo decía.

Subimos a una buseta. Yo iba de pie junto al asiento donde ella estaba sentada. Sólo movía sus ojos, de un lado a otro, tratando de retener la forma de los objetos que se movían por la ventanilla. Cuando el pasajero que estaba sentado a su lado se levantó, me senté en su lugar y mientras miraba cómo movía sus manos escuché que dijo, con una voz suave y endeble, «¿por qué nunca me habló?».

Callé porque sentía una pena profunda y entendía que después de lo acontecido no tenía derecho a hablarle. Contuve el rostro con las palmas de mis manos, y sólo me atreví a sacar la cara cuando ella dijo «ya es hora de bajarnos».

Valeria caminó intranquila y por más que intentaba acercarme a ella no podía seguirle el ritmo. Cuando llegamos a una droguería estuvimos estáticos unos minutos. Creí que Valeria necesitaba un abrazo, pero no me atreví a dárselo porque sentía la carga de la culpa sobre mi espalda y entendía que no podría reconciliarme con ella, a menos que purgara mis penas.

—¿Por qué no me espera en el parque?— dijo sin mirarme, levantando la voz entre gargarismos.

Sentí fuerza entre mi garganta y mi lengua y le dije que no, que entraría con ella. En ese momento se acercó una mujer gorda de poca estatura, con ojos verdes y una voz fricativa. Sus cejas eran dos grandes paréntesis dibujados con lápiz café, y su nariz se regaba hasta llegar a unos pómulos macizos.

—Ecografías, retrasos y pruebas de embarazo— dijo, pasándonos unas tarjetas.

Valeria leyó la tarjeta y por unos minutos no se movió. Yo sentí un hormigueo en mi barriga que de un momento a otro desapareció.

—Retrasos— dijo Valeria.

La miré con fuerza y sentí el impulso de arrastrarla y hablar con ella, pero la mujer ya había sacado un frasco y se lo ofrecía en la palma de la mano. Lue-

go le dijo que eran cuatro pastas que funcionaban hasta los tres meses, que dos se ingerían y las otras dos se introducían por la vagina.

Valeria cogió el frasco y lo apretó con fuerza.

—¿Cuánto valen?— preguntó.

—Cien mil pesos; pero si no funciona, me llamas y te hago el legrado— contestó la mujer, mirándonos al rostro.

Era la primera vez que la mujer miraba a Valeria a los ojos. Sin embargo, Valeria volteó el rostro, bajando la mirada y leyendo, otra vez, la tarjeta que nos había pasado. Valeria metió la mano derecha en su chaqueta morada y, sacando billetes de cinco mil y diez mil, contó los cien mil pesos que le había pedido la mujer. La mujer le cogió el frasco, sacó las cuatro pastas y las envolvió en una servilleta.

III

Bajamos por la calle 34 y Valeria rozó su mano con la mía; al momento decidí atraparla y aferrarle a ella: sus manos eran pequeñas y sudorosas. Caminamos en silencio hasta llegar al Parque del Renacimiento. Nos sentamos mientras el sol caía con fuerza sobre nuestros cuerpos. Nos echamos sobre el pasto, pero un silencio sibilante hacía imposible mi estadía en este lugar.

—¿No es desesperante el silencio?

—A los muertos no les gustan los ruidos —dijo.

No entendí cómo podía decir esa clase de cosas y me quedé callado. De un momento a otro, Valeria comenzó a hablar con demasia:

—Alguna vez tuve una amiga que le gustaba venir a escuchar los muertos. Cuando caminábamos por la Séptima o por el Parque de Bosa Centro, pensábamos en nuestro funeral. Ella quería escuchar desde su ataúd el Réquiem de Mozart y yo le preguntaba cómo creía que iba a pagar una orquesta sinfónica.

Hizo una pausa larga.

—¿No se ha dado cuenta de que lo verdaderamente hermoso es inasible?

—Eso creo —dije, cerrando los párpados y sintiendo cómo la brisa hacía una máscara de mi rostro.

—Mi amiga decía que lo hermoso era aquello que desesperaba —dijo pausadamente, como si cada palabra tuviera que masticarla para entenderla—; porque el desespero reafirma el pensamiento.

Hizo otra pausa larga, que mostraba su incomodidad.

—Si el silencio desespera es porque no podemos poseerlo; por eso es hermoso.

No había terminado de hablar, cuando se levantó. Traté de acompañarla, pero no me dejó hacerlo; sólo me estrechó la mano suavemente mientras me miraba y su boca lanzaba unos pliegues contra sus pómulos. Después de ese día, no la volví a ver.

Café Literario de la Biblioteca Pública Usaquén - Servitá

Tímidamente, este espacio que ofrece la Biblioteca Pública de Usaquén – Servitá se ha consolidado mediante el análisis y la discusión de textos de toda clase, hechos por intrépidos jóvenes del sector interesados en las artes, en la lectura y en la escritura. Más que asistentes a un espacio, son colegas y amigos que intercambian ideas y puntos de vista.

Diego Támara

Este asiduo lector y asistente al Café Literario de la Biblioteca Pública Usaquén -Servitá nació en Chía en 1983 y comenzó a 'vivir' un día, doce años después, cuando lo despertó el genio mágico de *La lámpara de Aladino* en el "cuarto de San Alejo" de su casa. Después de leer por entero esta obra –no entendió por qué nunca le gustó la lectura– se vio leyendo una revista grande, medio ultrajada y vieja. Allí comenzaría un camino poco fácil. Tiene un talento sorprendente y unas inmensas ganas de escribir.

Este sentir querer
Fuerza y desahogo en letras
no sé, triste miedo a... Dios
Decir que hablo con...con... Diablos
Alguien que lee y siente que siento esto.

Pasión que nostalgia y cansa
Y no lloro porque soy hombre

De día la vida es grande y
De noche vivo en sueños

Qué vaina, no sé qué es esto
Tu voz, mi voz, intento y silencio

Estupor saber que dicho todo
Quedo plagio

Como el cuento... Y otros igual pero distintos
Repite, repita la oración

Silencio ser como él, entonces empuja palabra
Y escribe el yo, que en lugar alguno está
Sin ser queriendo, muy queriendo eternidad,
Hola y adiós, si te vi no me...

John Carlos Acosta

Este joven de 20 años se interesó por la escritura como algo más que un mero pasatiempo hace poco más seis meses. Sus textos son cuentos cortos pues espera despertar el interés y la intriga del lector a través de la brevedad y la inmediatez. Algunos de sus textos han sido publicados en *Riel*, periódico de la localidad realizado por jóvenes interesados por la cultura y por las noticias que se tejen en su entorno.

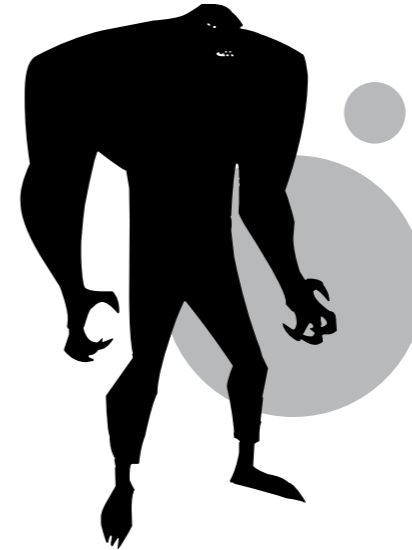
La trípode

Cada noche, cuando la luz es absorbida por los interruptores y las voces silenciadas por el miedo y la fatiga, toman vida los seres inanimados que albergan mi casa. Se manifiestan con sonidos sordos, perturbadores y hasta espantosos. Lenguaje que no puedo entender.

Una noche, cansado, decidí terminar con el misterio: me acosté, esperé y esperé, hasta que por fin escuché un sonido aturdidor que provenía de uno de los muebles de mi habitación. Salté de la "trípode", es decir, de mi cama (porque le faltaba hacer mucho tiempo una de sus patas), llegué hasta el *switch* y prendí la luz... Nada, absolutamente nada había de diferente; todo estaba en su lugar. Me volví a acostar y los ruidos regresaron. Lo intenté una y otra y otra vez, siendo infructuoso mi proyecto.

Días después emprendí un nuevo plan, esta vez sin encender la luz. Entonces, lo volví a escuchar. Me levanté de la "trípode" y me aproximé. Me paré frente a él y lo escuché durante toda la noche.

Cuando mi madre me fue a despertar, me encontraba parado, casi inerte, casi vivo, carcomido por las termitas y fatigado, suspendiendo el peso de mi propia cama, o lo que era. Y soy ahora una pata.



Café literario Biblioteca Pública Virgilio Barco

Ya no es posible contar los años que lleva funcionando este programa: las reflexiones que surgen y se construyen en él y el tiempo en que ha consolidado a un grupo que asiste fielmente todos los sábados a las 3 p.m. sobrepasan nuestras formas de medición. Este Café ha sido testigo de las diversas obras literarias que han pasado por las almas de los asistentes porque la palabra se valora tanto como los hombres y las mujeres que las saborean.

Marcelo Del Castillo

Antes que escritor marginal, como toda la literatura que se ha escrito en el mundo, soy un lector infatigable, caótico y disperso. Leo hasta los papeles caídos en las calles, los cuales considero un potencial detritus universal con el cual escribiré un libro invencionario de ficciones recicladas de esa misma realidad, haciendo una especie de ecología literaria y contribuyendo así disminuir una infimomillonésima parte la basura con la que estamos indiferentes ahogándonos junto con el planeta entero. De la dramaturgia audiovisual me apropié sus técnicas de elaboración creativa para utilizarlas en la escritura de mi ópera prima de novela, *El sueño del perro*, ante la imposibilidad de poner en escena un guión original donde personajes buenos quieren hacer maldades y sus tentativas generan situaciones de risa. Esta obra es una comedia que contiene conexiones temáticas con el género de la novela negra. Un aforismo como filosofía de vida: “*Yo quería regalarle al mundo, una palabra. Como no pude, me hice escritor*”: Stanislaw Jerzy Lec. Polaco. Aforista de aforistas. Escapó de un campo de exterminio alemán vestido de soldado nazi.

La dosis personal

“Cuando se dio cuenta de que la naturaleza de un hombre cualquiera saciaría su deseo, sintió compasión. Extraña compasión, que se dirigía a quien fuera que fuese el escogido. Ya que competía al hombre sucumbir ante las propuestas, sin derecho a rechazarlas.”

Recordó a Javier Ramos cuando le trajo la última vez la dosis regular, que sin titubeos y con desca-ro le dijo si ella quería, siempre tenía la forma de pagarle sin dinero.

En especie, mi reina, dijo, midiéndola con los ojos de pies a cabeza. El loco deseo que sentía, con las ganas que le tenía, mientras ella le recibió las papeletas con los gramos, pagándoselos.

Al principio le pareció vulgar, ofensivo y propio de un hombre abusador de mujeres, de esos que se creen irresistibles, un cualquiera; además de todo: un traficante. Eso le convenía a ella y era el escogido. Sabía que él sucumbiría a sus encantos.

Sopesaba las consecuencias de acostarse con él, porque esta vez no tenía con qué pagarle si lo llamaba para que viniera a traerle.

Había agotado la dosis personal que, cada ocasión, aumentaba por esa prisa de autodestrucción de su vida.

Pensó que si decidía llamarlo, esa acción era un no retorno, el inicio de una profesión, la más anti-gua de la humanidad, según recordó dijo la monja del colegio. Un definitivo no regreso a la normalidad, a la vida común y corriente.

Se sucumbe fácilmente ante los deseos por la debilidad natural, del pecado original, de la carne y la compulsión de los vicios y de no saberlos enfrentar. Ese es el demonio, niñas, que siempre está tentándonos. Templanza, niñas, siempre templanza, predicaba la monja, en las clases de moral y comportamiento.

En esta necesidad, no voy a ponerme con escrúpulos morales ni rodeos, se dijo.

El demonio son los hombres por nosotras las mujeres que si somos el diablo verdadero, pensó.

Esperó en el teléfono, que repicaba y repicaba. Sentía ya los síntomas del síndrome de la abstinencia, que se fatigaba por la espera que más la impacientaba. Pensó que era ella quien sucumbía ante sus compulsivos deseos de la adicción. Soy una cobarde, se dijo.

Mientras sonaban los cuatro repiques, oía que entraba una voz impersonal, que le indicaba iba a buzón y deje su mensaje después del tono. Con decisión y rabia colgó, tirando el auricular.

Después encendió un cigarrillo. Lo aspiró sintiendo cómo el humo le invadía los pulmones y le calmaba la compulsión. Un paliativo, pensó.

Se distrajo haciendo volitas, anillos de humo que salían de su garganta uno detrás de otro, que aprendió de la misma compañera, precisamente

la que en los recreos la inició en el primer vicio, el cigarrillo. Siempre que hacía aquella acción, les gustaba a los hombres, los descrestaba. ¡Oh! los hombres. Siempre los hombres.

Del humo del cigarrillo pasó a la adicción furibunda de la marihuana, que la misma amiga envenenadora le dio a fumar en una espesa rumba cuando estudiaba en la universidad y le gustó. Iba a las clases usando sus gafas Ray-Ban, para ocultar los ojos rojos de la traba maluca.

Después las consabidas peleas con su madre. Que la acusaba de ser una brindada y promiscua con los hombres. ¡Oh! Los hombres. Siempre los hombres.

Mi santamadrecita, que Dios la tenga en la gloria, cómo sufrió conmigo la pobre.

Después tontamente casarse con Camilo Andrés, y qué. Para que se la comiera de las mil formas cuando se agotó él por su amor, que no pudo saciarla. Se murió.

Así que soy una viuda joven e infeliz, pensó.

Desde entonces no se detuvo con los hombres, con los metros de hombres, con los kilómetros de hombres, pensaba encontraría en esa carretera rápida de su vida sin vueltas de regreso.

Ahora volvía a pensar en Javier para llamarlo a ver si viene con su dosis personal y le arranca este dolor en el alma, y de paso me lo como a él, y me inicio de puta y de adicta para colmo. ¡Oh! los hombres cómo sucumben ante los deseos de las mujeres, pensó definitivamente.

Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Virgilio Barco

Este taller tiene una larga trayectoria en la Biblioteca y ha posibilitado en sus participantes procesos importantes de escritura creativa. A partir de sus diferentes ciclos, ha visto circular talleristas y participantes interesados en las diversas formas de escritura, movimiento que, contrario a hacerle perder su horizonte, enriquecen y dinamizan este espacio.

John Jairo Sarabia Trigos

Escritor y periodista colombiano nacido en 1987. En el 2007 fue uno de los seleccionados para *Bogotá por Bogotá* con el mini relato *Triste historia de un techo real*. Participó como autor de idea original del relato *Vampihumafauniburur* publicado en el libro *Simbiosis Virginal* durante la XXI Feria Internacional del Libro de Bogotá del 2008. En el 2009 publicó *El Príncipe Varicela*, el primer libro de su saga *Alreino*. Parte de su trabajo periodístico se encuentra recopilado en *El Buque de Papel, Bogotá Occidente y Makondo Universal*, ésta última convertida en su página web personal. Actualmente se encuentra trabajando en un libro devocional y en la segunda entrega de *Alreino, La fortaleza escondida*. John ha participado en talleres literarios como *Historias paralelas, Taller de creación colectiva* (Filigranas de Perder) y en el Taller de Creación Literaria de la *Biblioteca Virgilio Barco* (2009-2010).

El lugar equivocado

Antes de entrar al taller de literatura me encerré en el baño de la biblioteca y comencé a orinar. Yo escuchaba el chorrito golpeando contra el agua de la taza, pero los dos hombres de afuera no escuchaban nada mientras miraban sus peinados en el espejo. Fue como si por un fragmento de segundo ellos me prestaran sus oídos para escuchar cómo no orinaba. Y no sólo que estos sujetos no escucharan. Se reafirmó mi temor cuando vi que el agua de la taza se mantenía límpida e impertertable, desprovista de otros colores distintos a ninguno y con nulas ondas a la vista.

Fue una duda sencilla por lo poco perturbadora. Pero la siguiente se convirtió en el colmo de mis sospechas.

Había sido el primero en ingresar a la sala del taller donde todos nos dispondríamos en una mesa redonda suficientemente estirada para cobijar veinte personas largas y demacradas como suelen ser muchos de mis amigos literatos. Las sillas estaban vacías, pero dudé de si donde me iba a sentar yo estaba o no realmente vacía la silla. Me inquietaba estar dudando de la realidad sin ochenta años cumplidos. Me golpeé los ojos. Los maldije por no ver bien.

Luego, respiré hondo diez veces pensando que el defecto no era ocular sino mental. Y aunque me calmé un instante, el rojo tomó mi cara porque no sabía exactamente en qué punto de la realidad se ubicaba mi mente para estrujarla como a mis ojos. Para entonces, creo que varios de los asistentes que empezaban a llegar negándose todavía a ocupar un puesto, ya se habían dado cuenta de mi descabellada desesperación.

Pensarán que soy un tonto. Pero si estaba alguien o no estaba nadie sentado en aquella silla fue una duda que me generó el lápiz y el cuaderno abierto en hojas sobre la mesa, justo enfrente del asiento.

Muchos de los asistentes habían puesto sus lápices y cuadernos en un punto de la mesa redonda pero eso no quería decir que su decisión fuera definitiva, lo que convertía cada puesto en un lugar sin dueño. Simplemente yo podía ocuparla sin ningún problema, y problema solucionado.

Sin embargo, se movió una hoja del cuaderno y pude haber jurado que el lápiz rodó un centímetro a su derecha. Entonces pensé en alguien ocupando el puesto. ¡Qué furia con mi mente! ¡Qué furia con mi memoria inmediata! Cómo era que no podía recordar el presente, ese fragmento del presente que era la persona allí sentada.

Me dije que estaba pensando tonterías y con arrojo me senté en aquella silla sintiendo enseguida bajo mis nalgas y debajo de los muslos una incomodidad y un calor intenso de verano. Quise pensar que sólo era un peo, que nadie estaba bajo mis húmedas nalgas, que no cometí una imprudencia de viejo, porque no quería imaginar tan siquiera la cara del ofendido. Para restablecer mis

nervios cerré los ojos ante los asistentes que aún dudaban en ocupar sus puestos.

Sí. Tenía que ser de mi modo. No había nadie debajo; sólo era un gas, un flato.

Cuando abrí los ojos sólo quedaba uno de los asistentes del taller parado frente a mí, al otro lado de la mesa redonda. No sé en que momento los demás habían huido del recinto abandonando sus lápices y cuadernos encima de la mesa. ¿No sabían acaso que dejar abandonadas sus cosas podían generar tantos problemas como el mío? Ese único asistente, parado frente a su silla sin atreverse a tomar el puesto, solitario me miraba con terror.

Entonces, a continuación, escuché la única conversación.

—¿Qué pasa? —preguntó ese único asistente mirándome fijamente. Le iba a responder pero una voz femenina le salió a mi espalda.

—Siento que hay alguien encima de mí —dijo aquella voz.

Miré atrás y sólo hallé una sólida pared. Pero la voz venía de más cerca, como si saliera de mí.

—No te muevas —dijo el único asistente parado frente a su puesto—. Diga a Dios que se lo quite de encima.

Dicho esto, el único asistente ocupó su silla desapareciendo al instante.

Escuché un susurro tras mi oreja que decía, “Dios, que se quite de encima”.

Enseguida, fui testigo de los lápices que se elevaban sobre las mesas y de las hojas que comenzaban a ser atestadas de letras.

Me asusté tanto por tanta confusión que me levanté del susto.

—¿Ya se fue? —salió una voz igualita a la del único asistente. Incluso, provenía de aquel lugar donde tanto le había costado sentarse.

—Por lo menos ya no está encima de mí —salió la voz femenina de la silla donde estaba yo sentado hacía unos segundos. Comprendí que me encontraba en el lugar y el taller de literatura equivocado. ¡Estaba es un taller de fantasmas!

Lentamente caminé hacia atrás hasta llegar a la puerta del recinto. Atravesando el marco salí corriendo sin detenerme un segundo hasta abandonar completamente la biblioteca.

—Allá hay un grupo de fantasmas —le dije al portero pero no me puso atención.

—¿Qué pasa? —Preguntó el director del taller de literatura entrando al recinto—. Discúlpeme por haber llegado tarde, pero se me presentó otro compromiso.

—Acabamos de sentir un fantasma —aseguró uno de los asistentes pálido y adrenalizado.

—Estuvo sentado encima de mí—. Aseguró una mujer—. Pero ya se fue.

Trancón en el ómnibus

—Buenas noches, ¿en qué puedo servirle?

—¿Buenas noches, Capitán? Así no se contesta una línea de emergencia. Si yo lo llamo es precisamente porque tengo una mala noche.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Sí, Capitán. Todo fue una caja de gritos. Luego, vino el silencio.

—Señor, permítame decirle que la línea de emergencia no es para bromas.

—¿Bromas? Capitán, el bus se convirtió en una caja de gritos. Todos pedían auxilio, pero las ventanas de este maldito vehículo son compactas y hasta la mitad están polarizadas.

—¿Me habla de un asesinato?

—Le hablo de una masacre, de varios asesinatos. A todos los liquidó.

—...

—Muy decente subió al bus y pagó el pasaje. Esperó que las puertas se cerraran, ¡muy estúpido! Ahí fue cuando todos estallaron en pánico. Sacó una ametralladora y atravesó el vidrio de la cabina, hizo estallar la cabeza del conductor. El conductor, Capitán, aún mantiene sus manos en el volante.

—¿Dónde se encuentra en este momento?

—En el bus, ¿dónde más?

—Me refiero a la dirección.

—No sé. Llevo tan sólo algunos días en esta ciudad. No sabría ubicarme.

—¿A huido el asesino?

—¿Y cómo? Por eso lo llamo al número de emergencia. El asesino aún está aquí. Sostiene su ametralladora. No puedo dar un paso a ninguna parte. Él hace señas de querer hacer algo.

—¿Quién más está con usted?

—Nadie más, ¿no le digo que los ha matado a todos? Le ha abierto la mandíbula a cada uno con sus enormes manos.

—Quédese quieto. Pero... ¿Por qué puede hablar por celular?

—¿Por qué será, Capitán? Porque él me lo ha permitido. Si no me ha quebrado, por qué no me va a dejar hacer la última llamada.

—¿Ha hablado con él?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada, Capitán. He llegado a la conclusión de que él es mudo.

—¿Cómo así?

—Le hablo, me escucha con atención. Él me habla pero no escucho su voz. Yo tampoco doy para tanto. No sé leer los labios.

—¿Cómo hacemos? Intente salir.

—Ese es el problema, Capitán. Las puertas están cerradas, compactas. Por eso esto se convirtió en una cajita de gritos silenciados. Él se mueve apenas intento dar un paso.

—¿Cómo es él?

—Es hermoso.

—¿Hermoso?

—Sí, hermoso. Si usted lo viera no creería que es un asesino de esta calaña. Tiene unos labios finos, rojísimos. Su palidez, Capitán, su palidez causa envidia pese al rostro de niño cansado. Es alto, uno ochenta, creo yo...

—Parece que usted lo conoce mucho, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—Usted debe ser su cómplice.

—Yo con estos problemas, Capitán, problemas de mala noche, y usted con las que sale.

—No podría haber otra explicación. Lo ha dejado vivo, le permite hablar por celular y usted no hace nada para atraparlo, según parece.

—Capitán, yo tampoco doy para tanto. O dígame, ¿acaso usted ha detenido algún delincuente refugiándose en un espejo? Sería como detener a un ladrón pintado en un cuadro.

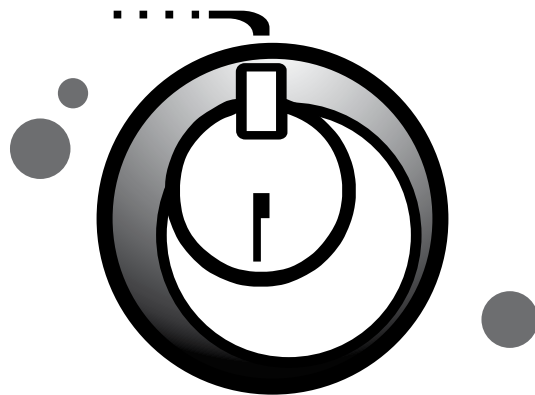
—No lo entiendo.

—Cómo lo va a entender si este no es su problema. Esta no es su mala noche. El tipo, mi Capitán, está encerrado en el vidrio polarizado que tengo enfrente.

—Usted...

—Usted no entiende, Capitán. Capitán, no me entiende porque no es su problema. Esta caja de gritos silenciados se ha detenido, y aparte de que no se mueve, los cadáveres no dan ni un paso para intentar abrir la puerta. Capitán, ¿a qué horas voy a llegar a casa?





Déjese enredar en la Red
Tercer Encuentro de Cafés Literarios
y Talleres de Creación Literaria.
Diciembre 18 de 2009



BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas